

Reseña

Castañeda, Luis H. *Comunidades efímeras. Grupos de vanguardia y neovanguardia en la novela hispanoamericana del siglo XX*. New York: Peter Lang, 2015.

Alexis Iparraguirre¹

Luis H. Castañeda inspecciona las vidas de seis comunidades de intelectuales y artistas radicales referidas en igual número de novelas del siglo XX. La premisa es que estas ilustran la lógica productiva de cada uno de esos grupos porque, invariablemente, son también piezas de sociología cultural, tal como plantea Pierre Bourdieu sobre *La educación sentimental* de Flaubert en su ya clásico estudio *Las reglas del arte*. Siguiendo a Bourdieu, Castañeda entiende que esas seis novelas funcionan como figuraciones de distintos campos literarios del siglo XX. Las novelas son *Los siete locos/Los lanzallamas* de Roberto Arlt, *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal, *Rayuela* de Julio Cortázar, *Tres tristes tigres* de Guillermo Cabrera Infante, *Palinuro de México* de Fernando del Paso y *Los detectives salvajes* de Roberto Bolaño. En ellas, según Castañeda, los grupos radicales que las protagonizan reclaman el rol de vanguardistas, sea de la literatura, de la sociedad, o incluso, si se requiere, de ambas. El objetivo de Castañeda es explicar sus lógicas artísticas recurrentes entre la novela de Arlt y la

¹ **Alexis Iparraguirre** (Lima, 1974) es doctorando en Literaturas Hispánicas en The Graduate Center, City University of New York (CUNY) y Máster de Escritura Creativa en Español de New York University (NYU). También se licenció en Lingüística y Literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) con la tesis "Dos blasones en *Trilce* de César Vallejo". En la actualidad, como parte de su tesis doctoral, investiga las consecuencias del encuentro entre el campo literario peruano y las multitudes en el debate sobre la literatura nacional entre la posguerra con Chile y el triunfo del conservadurismo (1883-1930). También trabaja temas de vinculados con los nacionalismos en el siglo XIX latinoamericano, la teoría y el arte de vanguardia y la narrativa latinoamericana de los siglos XX y XXI. Se ha desempeñado como profesor de lengua y literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú, New York University, The City College, CUNY y John Jay College of Criminal Justice. Además, escribe ficción y es autor de los libros de cuentos *El inventario de las Naves* (Premio Nacional PUCP 2004) y *El fuego de las multitudes*. Contacto: aiparraguirre@gradcenter.cuny.edu

de Bolaño a partir de una organización comunitaria específica que se pueda identificar en ellas.

Para ello, Castañeda, primero, deja de lado la definición de vanguardia estandarizada por la pedagogía, la del radicalismo formal, y emplea otra fundada en prácticas sociales; por ello, los grupos de vanguardia se asumen como "matrices colectivas de experimentos estético-sociales" (207). Pero *Comunidades efímeras* no explora, como lo haría *Las reglas del arte*, la urdimbre de interrelaciones económicas y políticas que perfilan subrepticamente la vida de los artistas radicales. Más bien propone que sus prácticas moduladoras de la experiencia fundan la sociabilidad vanguardista. En ello es central que el libro asuma la noción de *communitas* de Victor Turner para entender la configuración de un orden social fluido y estéticamente concebido. Frente a las estructuras sociales de la vida ciudadana y artística oficial, que suponen un alto grado de institucionalización y, en consecuencia, de prelaturas, jerarquías y estabilidad en el tiempo, la *communitas* define la organización social de las vanguardias porque sus principios aseguran la horizontalidad y, en tanto estos no conciben la estabilidad de las instituciones, modelan comunidades precarias. Su objetivo "es la figuración de la vida en múltiples eventos, fugaces y memorables, repetidos aunque no rutinarios, de comunidad" (16). Pero, justo por ello, es una sociabilidad rápidamente cancelable; por eso las vanguardias son las "comunidades efímeras" del título.

Para el arco temporal que comprende, *Comunidades efímeras* se inmiscuye en las cronologías más usuales de los cánones literarios en uso y sus periodizaciones para apropiarse conceptualmente de la recursividad vanguardista y problematizar así los afanes de las cronologías lineales. La selección de seis novelas de Castañeda es expresiva sobre la pertinencia de la cuestión. Bajo criterios ortodoxos resultan ineludibles para concebir las líneas maestras de la novelística del siglo XX, sus definiciones, clasificaciones y valoraciones particulares. No obstante, el estudio de una sociabilidad de vanguardia como configuración transversal del canon debe recluir, en este escenario, ante las implicancias teóricas de la misma periodización clásica (en particular, la de Peter Bürger, que confina el ciclo de las vanguardias al lapso de las entreguerras; luego, normalizadas por el mercado, devienen parte del catálogo de la mercancía trivial).

Por ello, Castañeda convoca los empaques cronológicos del canon mientras promueve corrosivamente una noción de conectividad no lineal de las diversas propuestas de vanguardia. En el caso de *Los detectives salvajes*, por ejemplo, introduce la potencia ejemplar de sus iniciados para futuros artistas (los casos de Cesárea Tinajero y la pareja Belano-Lima). Es decir, frente a periodizaciones petrificadas propone un ensamblaje de constantes transperiódicas que evidencia la insuficiencia de aquellas.

En este punto la tripartición de su corpus como vector que lo organiza es ejemplar. Dedicó una primera sección a las novelas correspondientes a las vanguardias históricas (*Los siete locos/Los lanzallamas* y *Adán Buenosayres*); otra a las que se escriben durante el Boom latinoamericano de los años 60 (*Rayuela* y *Tres tristes tigres*); y una a las que, genéricamente, se denominan del Post Boom, (*Palinuro de México* y *Los detectives salvajes*). En cada caso, la evidencia de que las novelas, ajenas a la periodización, permiten concebir una semejante matriz estético-social para círculos de artistas, la colocan de lado, sobre todo si criterios de organización cronológica como el de Bürger, predecían que ello no sería posible. En la misma dirección, *Comunidades efímeras* introduce paulatinamente un acervo limitado, pero preciso, de patrones de conducta comunitarios que favorecen el modelado estético de la experiencia, los que se acumulan y depuran del estudio de una novela al de la siguiente. En esta operación, Castañeda se vale de un variado instrumental teórico. Así, por ofrecer ejemplos, recurre a los postulados sobre la modernidad periférica latinoamericana de Sarlo; a la reflexión sobre el flâneur de De Certeau; a las formulaciones de Sontag sobre el happening; a la noción de huella con que explica Derrida la relación entre oralidad y escritura; a la relación de Avelar entre la despolitización de la literatura y el Post Boom; y a las lógicas de la máquina de guerra y el nomadismo de Deleuze. El resultado de la síntesis entre enfoques críticos y novelas del corpus es el perfil de una *communitas* que tienen por lógicas de interacción y principios organizativos al ritual, a las performances y al happening. Son organizaciones estéticas del quehacer de los cuerpos y del grupo, que modelan la experiencia bajo sus principios: intensidad, fugacidad, precariedad y espontaneidad. Regularían comunidades que muy bien podrían ser descritas acumulando los adjetivos con que se titulan las tres

partes de Comunidades efímeras: “Conjurados y andariegos”, “Lectores y noctámbulos”, “Manifestantes y nómades”.

La mejor prueba del valor del ensamblaje de Castañeda radica en que provee a una lista de novelas centralmente canónicas una lógica de lectura que, resultando disímil de las más estandarizadas por la crítica puramente literaria, configura poder descriptivo y explicativo para otros campos artísticos donde esté activa la investigación sobre la vanguardia. Por supuesto, la constante de desconexión del orden ciudadano en la inmersión en una sociabilidad estetizada implica a los conjurados de Arlt, a la bohemia de los martinfierristas de Marechal, a los *entertainers* de El Vedado cubano de Cabrera Infante, al Club de la Serpiente de Rayuela, a Palinuro y a sus amigos en Palinuro de México, y a los realvisceralistas de Bolaño. Pero con las mismas contantes se podría intentar reformulaciones en la definición de vanguardias contemporáneas tan disimiles como el arte conceptual o el performance que también es activismo político. Cabe plantearles nuevos supuestos: por ejemplo, si, como plantea Castañeda, la mayor productividad cultural de la vanguardia es la intensidad de su interacción socio-estética efímera, ¿cómo ello es compatible con el posicionamiento y la participación en una organización político-partidaria y activista que practican variados colectivos artísticos radicales de hoy? ¿Y cuál es la correlación, asimismo, entre la direccionalidad política del lenguaje vanguardista y la radicalidad de la escisión respecto de los órdenes ciudadanos? ¿Populista por opuesto al elitismo? ¿Erudito por irreconciliable con la vulgaridad de las masas? Comunidad efímeras, pues, invita a interrogarse por el lugar social del que proviene el ritual, la performance y el happening de cada nueva vanguardia, y si este plantea consecuencias diversas en su tipo de vida estetizada.

Un tipo de consideración especial propone, finalmente, el trabajo de Castañeda. A diferencia de otros libros, Comunidades efímeras configura un registro oratorio muy sagaz. A la vez que propone una retórica unitaria, que mimetiza eventualmente las apoyaduras del orador frente a su auditorio, es lo suficientemente plástico para incorporar las piezas más disimiles del vocabulario y del razonamiento crítico; resuelve incluso incompatibilidades de principio o

detalle mediante la elección de la única disyunción lógica posible para la cohabitación en un enunciado de posturas contrarias. En la práctica, la tesitura de la escritura es la de un rico patchwork epistemológico, en el que lo mismo se fomenta la conectividad de nociones y razonamientos que la persistente tensión entre ellos. Por ello, el trabajo crítico de Castañeda propende a situarse en una bien definida perspectiva intelectual, aunque no estilística, que alguna vez distinguió Lezama Lima como barroca. Desde esa afinidad, *Comunidades efímeras* entiende la producción intelectual en la lógica del acervo, una acumulación de saberes cuyo sentido proviene de yuxtaponer las piezas valiosas de distintos legados y no de la cancelación enfática de algunos por negación o disenso. Esta mirada suma al libro la virtud de dialogar equilibradamente con fuentes y posturas tenidas por clásicas, pero que resultan escasamente productivas en el marco de la crítica cultural presente (posturas como la de cancelación de la vanguardia con la llegada de la posguerra o el valor de reflexionar la cultura a través de literatura específicamente canónica). En cambio, Castañeda consigue extraer de ellas postulados útiles porque implican preguntas de discusión crítica contemporánea que *Comunidades efímeras* articula con extrema suficiencia y rigor desde una expresividad coherente.